

SEMINARIO LANZA DEL VASTO

Dr. Santiago Borda-Malo Echeverri

LA FILOSOFÍA LANCIANA DE LAS RELACIONES Y LA CONCILIACIÓN,
O LA DIALÉCTICA TRASCENDENTE

"EL RETORNO A LA EVIDENCIA DE LA VIDA, O ELOGIO DE LA VIDA SIMPLE

TEMA 3

En su obra *Principios y Preceptos del Retorno a la Evidencia* —empezada por Lanza seis años después de su ya desglosada tesis doctoral, *La Trinidad Espiritual*—, el autor confrontó su filosofía germinal (entendida y re-creada por él como '*Sabiduría de Vida y Amor*') con la realidad escueta de su existencia, liberándose así de los sedimentos y lastres académicos. Conviene aclarar que la palabra **Evidencia**, de sabor escolástico, asume un sentido ontológico y epistemológico, con *dos connotaciones*: de verdad objetiva y de credibilidad... Si para Descartes se trataba de la aprehensión directa de la verdad, la intuición en tanto certeza, certidumbre, para Brentano y Husserl —desde la óptica fenomenológica— la evidencia puede ser asertórica o apodíctica (más esencial), natural o trascendental. De todas maneras, este concepto implica un carácter sustancialmente relacional. Significa, en fin de cuentas, ver claramente, desde la *Conciencia*, de modo cognoscente, intuir y percibir.¹ Impresiona, pues, percibir la cercanía al pensamiento lanciano de la connotación filosófica de Evidencia. Efectivamente, el pilar de toda la filosofía lanciana es una intuición fundamental: **"TODO ESTÁ RELACIONADO CON TODO"**... He aquí la *premisa axiomática* muy recurrente en todo su constructo, que luego han seguido filósofos de otras vertientes e incluso teólogos católicos como Karl Rahner... *Evidencia de Retorno y Retorno de evidencia*: Redescubrir la *interrelación de todo*. Aquí radica, en buena medida, la innovación y el aporte original lanciano, aspecto generalmente encubierto... *Relación de todos los seres con todo y con todos*...

Ahora bien, Arnaud de Mareuil nos contextualiza la vivencia ascética del joven andariego Lanza del Vasto: aflora en este libro el *poeta* cadencioso e imaginativo y, al mismo tiempo, el *pensador* que sacude nuestra razón aletargada, con un punzante llamamiento profético al despertar espiritual.² En efecto, es un cauterio contra la enfermedad moderna de la inconciencia y el sopor, tangencialmente afín —en cuanto al estilo literario— a autores como André Gide. Obra próxima a *El Profeta* de Jalil Gibrán, franca y desnuda en su caudal de Verdad... En mi concepto, **el punto de partida —junto con *La Trinidad Espiritual*— del basamento filosófico lanciano.**

Ya adentrados en el texto, Lanza afirma: "La sinceridad que no cuesta nada no vale nada" (CCXLI).³ Y para ser consecuente con su búsqueda de autenticidad, se desinstala y arriesga todas sus seguridades. En "Peregrinación a las Fuentes" (VII,2) aclarará el mismo autor el perfil de su escrito: "*Es un pequeño manual de vagabundaje ascético en el que fui discípulo de mí mismo, y cada palabra fue un pacto sellado conmigo mismo... ¡Quiera Dios que mi único discípulo siga siendo fiel y que el otro me traicione! Este libro es la miel de mis viajes*".⁴

¹ Cf. *Ibíd.*, T. 2, pp. 1156-1158.

² Cf. A. de Mareuil, *Op. Cit.*, pp. 66-67.

³ Lanza del Vasto. *Principios y Preceptos del Retorno a la Evidencia*, *Op. Cit.*, p. 85.

⁴ _____. *Peregrinación a las Fuentes*, *Op. Cit.*, pp. 306-307.

A decir verdad, con el respaldo de la vida -sangre de espíritu según la sentencia nietzscheana-, brotaron siempre las Obras de Lanza. El mencionado comentarista (De Mareuil) añade: "La presencia del poeta continuamente se hace sentir; su canto se eleva en todo instante cadencioso e imaginativo, conteniendo una lección para la razón y el corazón, que es una llamada enérgica al anhelo espiritual". (sic.)

La Obra en sí consta de 23 capítulos precedidos de una "*Introducción a la vida errante*".⁵ El filósofo se torna profeta para compartir su intensa aventura ascética que consiste simple y sabiamente en **retornar a la Evidencia de la Vida**; es, pues, una invitación frontal a desacomodarnos y despertarnos de nuestra existencia sofisticada, muelle y burguesa, para entrar en la *vida interior* que permite trascender. He aquí los temas-clave o ideas-fuerza de este libro cuestionador de la Conciencia, que no podemos leer impunemente, sin que nos cale con su escozor: la Pobreza, el Desprendimiento o Desapego, la Vanidad del mundo, el Ayuno, el Silencio y la Vigilia, el Autoconocimiento, el significado del Cuerpo, el Amor en sus tres dimensiones totalizantes (sí mismo-prójimo-Dios, en indisoluble trípede), la servidumbre y la Liberación auténtica, la Belleza, la Verdad y el Misterio... *Pilares de su Filosofía Praxeológica*.

El mencionado preludio es contundente, toda una sinfonía en 'Sí sostenido Mayor':

A fuerza de balancearme sobre uno y otro pie, he acabado por olvidar lo que me enseñaron en la Escuela, y lo que leí en los libros. Y los pocos pensamientos que quedan se están secando al sol para reducirse a casi nada. No sé ya sino cosas tan *evidentes*, que el hombre inteligente desdeñaría declararlas. Tan obvias, que la mayoría de los hombres prudentes acabaron por olvidarlas.⁶ (sic.)

Así empieza este 'bandido amable' a desgranar sus 325 *aforismos vitales*, a través de los cuales nos esboza el "*Itinerario del Retorno*", un verdadero trastorno de todos los criterios comunes ('opinión pública o sentido común'). Actos elementales como caminar -en este mundo de velocidad vertiginosa y eficacia compulsiva-, se convierten en una completa *Filosofía de la Vida*. "Retornaremos a la Evidencia" es el proyecto de vida y desafío del asceta vagabundo que se atrevió a realizar un alto en su camino y preguntarse: "¿A dónde vamos?"

De hecho, tomar conciencia de nuestra verticalidad de hombres ya nos encamina "a-lo-que-se-da-de-por-sí"... Verdades atrevidas: "De nada sirve un automóvil (...) La vida contradice el 'sí' y el 'no' con su *dialéctica sabia que todo lo concilia* y, de este modo, lo perpetúa, guiándonos hacia la Verdad; la vida violentada por el hombre es un error y todos sus pasos la multiplicación de ese error".⁷ De modo que hacerse peregrino es entrar en *la Escuela de la Sabiduría* que está latente, subyacente en nosotros mismos: "¡Eres tú mismo el que buscas, y vas tan lejos!" Se nos invita a realizar una exploración, un buceo interior, una peregrinación a nuestras propias fuentes, "a la Tierra Prometida de las certezas espirituales"; se nos reta a pulsar "la flauta de caña del cuerpo" y hacerla sonar y resonar con la vida toda, al estilo de Rabindranath Tagore en su *Ofrenda Lírica*... "Morir caminando"... Palpar la precariedad y transitoriedad de todo para no apegarse a nada, y poder así unificarse "en un punto". Ser honesto en clave lanciana significa "tender un estrecho vínculo entre lo que se toma y lo que se da" (sic.)... ¡Justicia verdadera que nuestro mundo no conoce, aunque filosofe y especule tanto sobre ella! Tal es la honradez no convencional, pero que sí convence: "Bástate a ti mismo. Conténtate con lo que tu mano hace, y prescinde al máximo de lo que no sabes hacer". He

⁵ Cf. *Principios y Preceptos...*, Op. Cit., pp. 7-11.

⁶ Ídem, p. 7.

⁷ Íd., p. 8.

aquí un primer hallazgo inestimable del asceta: volver al *trabajo manual* y asumirlo como disciplina interior, "mientras otros juegan a engañarse". Y continúa:

"Haz por los demás lo que haces de más. Y no des a los otros para obtener provecho"... Son máximas que bien podría rubricar un trabajador manual como San Pablo (Cf. Hch. 18, 3 / I Cor. 9 / II Cor. 11, 7 ss./ II Tes. 3, 7-10). Pero, paradójicamente, en su opinión acendrada en el despojo,

No es vergonzoso mendigar; ¡mas sí lo es aprovecharse de los demás! (...) Economizar -en el sentido moderno- es vergonzoso, pues la Naturaleza en todo se derrocha: las flores y el oro del atardecer (...) Por tanto, da cuanto tengas (...) La honestidad no es una economía de gratitud (...) Abre primero la mano. Comparte... Mas, ante todo, ¡ayuda a los demás a ayudarse!⁸ (sic.)

Tal es el zumo de las primeras 21 sabias sentencias que nos ponen en ruta hacia nuestra propia **Consciencia**, sin miramientos halagadores. *La Filosofía lanciana de la Evidencia: un camino hacia nosotros mismos...*

Ahora bien, al entrar en materia -con el tema de *la Pobreza (capítulo I)*-, el autor nos interpela sin lugar a escapatoria y coartadas. Su radicalidad tiene la osadía de considerar el dinero como una abstracción, incluso algo irreal, en tanto signo convencional por el cual vendemos nuestra breve y preciosa vida: "¡Distínguese por lo que eres, no por lo que tienes! (...) No pierdas el tiempo ganándote la vida. Gana tu tiempo, salva tu vida".⁹ Máximas proverbiales que remueven y demuelen nuestros pseudovalores, poniendo la segur a la raíz.

Enseguida, viene la embestida contra "*Las Pompas y las Obras*" del Príncipe-de-este-Mundo (cap. II). Es un desmonte, un desmantelamiento frontal de los actuales ídolos de la civilización, que muy pocos profetas han sido capaces de cuestionar (v. gr.: Gonzalo Arango en obras como "Fuego en el Altar"¹⁰): "Huye de la *Gran Ciudad*, si lo que buscas es el Ser y la Substancia. Teme el roce de los que sólo tratan de huirse (...) Existen hombres tan desgastados por la multitud, que ya no tienen rostro". Con Lanza, lanza en ristre, no queda piedra sobre piedra de la actual farsa babélica: "Tienes demasiada vida, Gran Ciudad. Y ésta se llama fiebre, síntoma inequívoco de enfermedad infecciosa. Tu malestar consiste en no tener razón-de-ser". Y su diagnóstico es realista y certero: "¿Acaso qué producen las ciudades? Rapidez... ¡Una forma de la nada! (...) Las bombillas eléctricas desalojan a las estrellas " (sic.) Y reflexiona: "El hombre es un ángel caído. Pero el hombre de la ciudad es un animal des-naturalizado". La ciudad sofisticada (etimológicamente significa falsificada, adulterada y falaz) atenaza a este desertor de su tramoya: "Tu grandeza, Gran Ciudad, está forjada por la avaricia y limada de tacañería, grandeza hecha de pequeñeces acumuladas. El hombre que lleva su corazón vivo, se borra detrás de tus rejas de oro como un error minúsculo". El *profeta* repite lo que ya había expresado en su poema cáustico ante la *Torre Eiffel*... Las casas iguales, las vidas iguales, todo en serie y no en serio -estándar-, le repugna:

Betún de costumbre y paredes de hastío... Botones, rieles, engranajes, inextricable maraña de los aparatos y artefactos cómodos... Todos los ciudadanos pierden el aliento dando alcance a su prisa (...) *Si la máquina te es útil, sírvete de ella. Pero si se te vuelve indispensable, arrójala lejos de ti. De lo contrario, te convertirás en esclavo de esa Gran Persona!*¹¹ (sic.)

⁸ Íd., pp. 10-11.

⁹ Íbíd., pp. 12-13.

¹⁰ Cf. Gonzalo Arango. *Fuego en el Altar*. Bogotá : Plaza Janés, 1974. Obra imprescindible, verdadero testamento del converso poeta nadaísta colombiano...

¹¹ *Principios y Preceptos del Retorno a la Evidencia*, Op. Cit., pp. 14-16.

El despertador de Consciencia es iconoclasta irresistible para muchos, porque abre los ojos y sacude la modorra burguesa de "los que viven agregando ceros al número de su ganancia, y llevando una vida penosa, devorados por la máquina" (*sic.*). No puede él cejar en la denuncia de una injusticia evidente: "El trabajo está actualmente tan 'bien' dividido, que uno trabaja y el otro recoge" (XLV)... Y todo este artificioso montaje, trampa ancestralmente mantenida, 'llámase el Mundo progresista'... Laberinto civilizado que deberíamos atrevernos a poner en tela de juicio con benéfica radicalidad, o por lo menos respaldar a quienes han tenido el heroísmo de hacerlo (como Lanza):

Unos tienen deberes de familia, otros vínculos de afecto, otros deudas de placer, otros una moderación convencional, otros escrúpulos de prejuicios, otras restricciones del hábito y la rutina, otros impedimentos de la pureza, otros compromisos del honor, otros... ¡vanidad! Parece que no podrían liberarse si quisieran. Pero no querían, si pudieran, pues sus deseos están comprometidos en las cosas (XLIX).¹²

En tan deplorables condiciones de la gran mayoría, Lanza dictamina: "El Progreso se cree una ruta abierta al infinito. Pero gira alrededor del mismo punto. Y ese punto es el cuerpo y sus dos o tres necesidades" (L / *sic.*). Y yo me atrevo a añadir, glosando al autor: las falsas necesidades creadas por la sociedad de consumo que nos consume en sus fauces, en su círculo vicioso y absurdo de masificación y cosificación ('reificación' la llamaba Marcuse), alienación y sinsentido.

Entonces la alternativa única es clara -nos dice el *Retorno a la Evidencia*-:

No protestes contra lo que desapruebas. Prescinde de ello. Si desapruebas la mentira, abandona la Ciudad. Si desapruebas la trivialidad, no leas la prensa. Si censuras la matanza, atrevete a dejar de comer carne. Si repudias el burdel, mira a toda mujer como a tu madre. Si rechazas la Guerra, ¡no aprietes nunca los puños! Si desapruebas las violencias de la miseria, despójate libremente. Pero aprueba plenamente lo que te queda. Conoce su valor. (LI / *sic.*)

Este Capítulo II culmina con dos criterios contundentes:

¡Para no odiar a nadie, odiarás muchas cosas! (...) Hemos sido engañados por juguetes oropelescos; hemos trocado nuestro oro (...) ¿Qué hacen de necesario las Ciudades? ¿Hacen el trigo del pan que comen? ¿Hacen la lana del vestido que usan? ¿Hacen la leche? ¿Hacen un huevo? ¿Acaso hacen un fruto? ¡No! Hacen la caja. Hacen el rótulo. Hacen los precios. Hacen la politiquería. Hacen la publicidad. Hacen ruido... ¡Nos han arrebatado el *oro de la Evidencia*, y lo han perdido!¹³ (*sic.*)

En efecto, hemos remplazado la evidencia por tantos sucedáneos ilusos... De ahí que al hablar sobre "*Del equipaje y del Régimen*" (Cap. III), el Peregrino invita a optar deliberadamente por el despojamiento, incluso del espejo y el reloj... A una sociedad que se rige por el dogma "time is money", la apunala: "No tengas prisa, no pierdas tiempo ni vida apresurándote" (LIX). Surgen incluso normas dietéticas y naturistas muy plausibles... "Toma el agua pura de los manantiales y paladea su evidencia, ¡que no engaña la sed!" (*sic.*) Con todas estas *Evidencias -axiomas de la Madre Naturaleza-* el ser se aligera y libera, recordando: "El Hijo del Hombre no tenía siquiera una piedra para apoyar la cabeza" (Mt. 8, 20 / LXIV). Entonces el hombre auténtico revaloriza las realidades más allegadas: "*La Noche, la Mañana y la Muerte*" (cap. IV), y el Profeta se torna Poeta:

Tanteando la Madre Tierra con las manos y sintiendo: '¡soy, soy, soy!' (...)

Pierdo el aliento por las pajas, los tomillos,

¹² *Ibíd.*, p. 17.

¹³ *Ibíd.*, p. 18.

las mentas y el heno marchito...
Pierdo la cabeza en el cielo colmado de parras de estrellas,
de arcadas de constelaciones.
¡Qué lástima no saber el nombre de todas las galaxias!
¡O más valiera no saber el nombre de cosa alguna!
Que enmudezca ese parloteo incesante del pensamiento.
Que más bien permanezca suspendido
en la mirada abierta al borde de las cosas,
con un mudo temblor...
Altísimo es el silencio de la Noche.
Estrellas, parecéis pequeñas y sois mundos.
Yo soy ínfimo, y pienso... (LXVI)¹⁴ (sic.)

Con ojos adánicos y edénicos, el alma se renueva de raíz, y todo se estrena paradisiácamente, incluso el Tránsito definitivo:

Haz que cada uno de tus momentos esté de acuerdo con la Muerte (...) Quien no muere por algo grande, muere por nada. Por eso considero que es más sensato atreverse: darse, gastarse, pensar, cantar, para que la Muerte encuentre los cofres vacíos de nosotros, los restos de una Fiesta (...) La *Evidencia Primera* es saber que eres, *Saber* que todo saber ignora: ¡ver al que se oculta detrás de nuestros propios ojos! (...) Eres lo que tú quieres y piensas. Si piensas 'soy cuerpo', irás adonde van los cuerpos, bajo la tierra. Si quieres ser tu alma, vivirás en las Aguas Vivas de la Fuente.¹⁵ (LXX-LXXXV / sic.)

Es fascinante este adentramiento lanciano en la senda "*Del Desapego y la Ascesis*" (cap. V), que conduce al Conocimiento verdadero, al *despertar de la Conciencia*. Lanza muestra y demuestra que en la transitoria prueba de la soledad se experimenta la Libertad, de modo que nuestro Ser vivencia las Bodas Silenciosas de la Fiesta, "hasta pasar por la fisura, hundirse en lo vivo y *aprehender el reverso y el anverso de las Cosas*" (LXXXIX / sic.). Tal purificación presidida por la 'madre interior' conduce al éxtasis de la *Liberación*: "Tú-eres-tú-mismo, hijo de ti mismo por las Bodas y el Alumbramiento interior", merced al desasimiento que nos otorga "la Llave de la Vida: ver las formas del mundo como a través de un *crystal*, en que brilla el color de su substancia... Mirar los pensamientos nadar en el agua diáfana del *Silencio*. El que posee este Amor no duda ya de la Inmortalidad". En este punto culminante, "todo apego es una ofensa a esa blancura del alma, espacio en que el corazón aguarda el descenso de la Divinidad". (XCIII-XCV / sic.)¹⁶

¡Qué filosofía la de Lanza, a ras de Cielo y de suelo! *Praxeología* personal que transforma la vida a partir de lo más pequeño de la cotidianidad... Por esto, el asceta postula y abanica, como instrumentos de Ascesis, tres disciplinas concatenadas en los tres capítulos subsiguientes: *el Ayuno*, *el Silencio* y *la Vigilia*, de incalculable valor para el hombre interior y libre, a fuer de evidentes. Recordamos máximas como las de Hermann Hesse en *Siddharta*, al escuchar a Lanza hablar con qué autoridad sobre el Ayuno:

Ayunar es tomar fuerza interior contra la invasión de lo exterior; hallar la felicidad viviendo de Amor y bebiendo agua clara. Arrancar el espíritu al vientre, hacerse fuerte probando la fuerza del Espíritu... (sic.) El Ayuno nos hace humildes -como el humus- al recordarnos nuestros límites con dolor. Además, nos solidariza y hermana con los hombres que tienen hambre en el mundo, sensibilizándonos el corazón. Otorga un puro y perfecto regocijo, pues el que ayuna se vuelve transparente y los demás se le tornan traslúcidos; los dolores ajenos entran en él y lo hacen

¹⁴ *Ibíd.*, p. 23.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 24-26.

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 30-31. Existen muchas afinidades lancianas con Nikos Kazantzakis, en su obra *Ascesis: Salvatores Dei*; Buenos Aires : Lohlé, 1975, 90 p.

indefenso, para que el Amor lo devore... Porque comer es siempre preferirse al otro; y también es morir, pues el hombre será comido por todo lo que come. El ayunante considera a Dios su pan, la fuente de su fuerza, su hambre y su sed, su deseo y su dicha. Canaliza su amor hacia el Amor, liberando así su naturaleza, pero situando ante todo al Espíritu en sí. (XCVI-CIV)¹⁷ (sic.)

A juzgar por actos tan concretos de Lanza del Vasto, pienso yo que se puede calibrar con objetividad una Filosofía que no brota de una especulación cómoda de escritorio, sino de las entrañas laceradas por el ejercicio espiritual intenso. "El ayuno es corroborado por *el Silencio*, que es la austeridad más leve y eficaz, un descenso a las raíces del ser". (CV-CVI) (sic.) Ejercicio que mide la majestad interior, rescatando el valor inestimable del verbo...

Cállate mucho para tener algo que decir que valga la pena de ser oído. Pero cállate, sobre todo, para oírte a ti mismo (...) El Silencio es la corteza del fruto; sin él todo se seca antes del otoño madurador. Relieva el misterio de la Palabra, lo que tiene de mejor el hombre secreto, interior: Dios crea y redime por el Verbo. Medita, oh silencioso, sobre la virtud inmortal de las palabras. Y conserva el poder de las palabras no dichas... Sólo permanece en la Verdad quien calla y, por sabiduría, ha dejado de pensar. (CVII-CXII)¹⁸ (sic.)

En cuanto a la *Vigilia* (vigilancia), la destaca en tanto disciplina que nos enseña a "actuar como si no actuáramos (...) El sueño es la suspensión del espíritu en el cuerpo; el éxtasis es la suspensión del cuerpo en el espíritu"... Como eco de su *Filosofía de las Relaciones*, Lanza penetra en los pares de opuestos en "*Del frío y de la Enfermedad*" (cap. IX): frío y calor, salud y enfermedad... Todos estos cambios y fluctuaciones que nos moldean, pueden controlarse "con el ayuno, el agua fresca y la espera paciente (...) Si la enfermedad entra en nosotros, debemos entrar nosotros en ella". (CXIX / sic.)

Otra vez vuelve el tema recurrente de *la Ascesis, el Conocimiento y la Dignidad del Cuerpo* (cap. X), en mi parecer el meollo del libro, pues se trata de la ruta viable para recobrar las evidencias de la Vida, que el poeta canta con lirismo casi insuperable:

Expuesto a la claridad del espíritu, el *Cuerpo* viviente es semejante a las nervaduras maravillosas de las hojas, al vello y al dulzor de las flores, al crecimiento de las estaciones, a la estructura de las estrellas, a la sangre del sol y a las ninfas y linfas de la luna (...) Ama y respeta tu *Cuerpo*. Trátalo como a un extraño, como a un amigo, a veces como a un enemigo, o como a la mujer de tu prójimo... Es lo único que sentimos a la vez desde dentro y desde fuera. Es la única *llave* que nos puede introducir en la significación de todo el resto. Todo el cosmos tiene resonancia en él como el murmullo del mar en la concha. El *Cuerpo* del hombre es la imagen del mundo en el ojo del espíritu (...) El nudo y el vínculo de todo. El que es dueño de su *Cuerpo* ha vencido el mundo; y el que lo conoce ve toda cosa desde dentro. Pero, conocer el *Cuerpo* es desapegarse de él y mirarlo a distancia (...) Conocer es medir ante todo el vacío que crea la supresión de una cosa, y comparar la ausencia y la presencia. Por eso, las privaciones son los instrumentos del conocimiento del *Cuerpo*. (CXXIII-CXXIX)¹⁹ (sic.)

Tenemos, pues, toda una *epistemología de la Corporeidad*, hoy tan necesaria en una civilización hedonista y permisiva en extremo, donde los mismos filósofos son presa de una esclavitud deplorable del cuerpo, o por lo menos de una mentalidad bohemia proclive a la mediocridad burguesa del Sistema. Son entonces jugosas las enseñanzas ascéticas lancianas para nuestro mundo confortable que tanto nos desvitaliza y atrofia. Criterios tajantes que podrían sustentarse con muchas referencias bíblicas y reminiscencias de otras tradiciones religiosas [v. gr.:

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 32-34.

¹⁸ *Ib.*, pp. 35-36.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 41-43.

"¡Más vale el que se domina a sí mismo que quien conquista y da nombre a ciudades!" (Prov. 16, 32), texto veterotestamentario que apreció y encarnó con creces Mahatma Gandhi...]

El capítulo XI "*De las Bodas del Agua y del Fuego*" nos recuerda la misma poética telúrica de *Le Chiffre des Choses*. La savia y la sangre, fluídos vitales, son -según el autor- la fusión de las dos sustancias antagónicas: agua y fuego... "La vida es una suave quemadura" (CXXX / *passim*.) Mediante el control del hálito por la respiración -que practicó Lanza con el 'pranayama yóguico'- se libera el Cuerpo de los pares de opuestos, de "la inquietud y la perturbación y del peso de la carne, descendiendo al pozo de las entrañas" (CXXXIV / *sic.*)²⁰.

"*De la Inmovilidad*" (cap. XII) -para el poeta Amado Nervo "la sabiduría de los dioses"-, es un acápite relacionado con todo lo anterior. Mantenerse en la línea vertical, enhiesto, meditativo,

encandenando la atención y sosteniendo el coraje... Hasta llegar a lo esencial: poseer el *Pensamiento*. Allí el hombre está solo, como los muertos en la tumba. Solo como Dios (...) Es preciso elevar del vientre al pecho la línea quebrada del deseo; y fijarla por fin en la cabeza, en el clavo del ojo, mediante la *Meditación*. Ella es pensamiento concreto, pero no de simples ideas... Meditar es soñar con lógica y voluntad (...) Y, por gracia, verás la cruz, la Cruz de Cristo, en tu cruz (CXL-CXLV / *sic.*)

A este sumo vértice de todo nos conduce el *método filosófico lanciano*:

Llama y se te abrirá (...) La Cruz es el sostén del hombre y su estructura. El bastidor sobre el cual el ser humano está tejido... La columna vertebral como un mástil, hasta que tu corazón de gloria sea el Cuerpo del Señor Jesús" (*sic.*)

En este estado supremo de meditación interior, para el autor "contemplar es esperar la *Verdad* sin descubrirla, sin verla desde fuera, sin abrirla en palabras y conceptos". Arribamos así a una suerte de intuición infusa en la cual "el hombre se olvida, el pensamiento olvida que piensa, el Objeto brilla por sí mismo y se piensa por sí solo (...) Más alto el hombre asiste a su propia ausencia. La nada que subsiste es una Presencia que basta a todo. La Luz se hace ilimitada... La alegría que reina es sin razón, sin límite de razón. (CXXIX-CL)²¹ (*sic.*)

Tan sólidas y vitales enseñanzas metafísicas constituyen una real *Iniciación en la Vida Interior*, piedra de toque y constante del constructo lanciano; son las *Evidencias* que olvidamos en nuestra sofisticada vida moderna, y cuya falta nos ha acarreado la racha de perturbaciones y banalidades en que nos debatimos. Sobre la base de estos presupuestos, en verdad tan 'claros y distintos' -con lenguaje cartesiano-, el Vagabundo del Espíritu nos presenta el tema central "*De Dios*" (cap. XIII) con una respuesta ecuánime, supra-confesional:

Los que dicen que Dios no es se engañan, porque creen que Dios no es nada. / Los que creen que Dios es, se engañan cuando creen que Dios es algo. / Pero Dios es lo-que-es-y-no-es al mismo tiempo, agregando a la infinitud de la nada el Ser de las cosas. Y lo que Él tiene de más grande es infinitamente más pequeño que Él. / Él es uno, es tres, es sin número. / Está en todas partes, es todo, nada es Él. / ¡Es, no es, es! (CLIII)²² (*sic.*)

²⁰ Cf. *Ibíd.*, pp. 44-46.

²¹ *Ibíd.*, pp. 47-50.

²² *Ib.*, pp. 51-52.

En este orden de ideas -con el atrevimiento de cuestionar de raíz el Principio filosófico universal de No-contradicción-, el poeta, el filósofo y el teólogo se identifican contextualmente en Lanza del Vasto para intentar *des-cifrar* el inefable Misterio:

El ojo que lo ve todo no ve su mirada. / Nadie ha visto a Dios. Porque en toda mirada es Dios mismo quien ve (...) El *espacio* es la vista de Dios que recorre la superficie visible y las superficies invisibles. / El *tiempo* es el oído de Dios donde la duración de cada ser es una planta o un canto. / El *movimiento* es el tacto de Dios, contacto y sentido de todo en todos los sentidos. / La *calidad* es el olfato de Dios. / La *Substancia* es el gusto de Dios, por donde la unidad de cada cosa es amable a la Unidad Divina. (CLIV-CLV)²³ (*sic.*)

He aquí, más que una pueril teodicea pseudofilosófica o un antropomorfismo acomodaticio, una visualización mística de los cinco sentidos divinos, a modo de poética sinestesia, pues se trata de sentidos inmanentes en el Universo que sólo un espíritu contemplativo de la Creación puede percibir...

Si Dios no fuera Alguien, ¿de dónde vendría la Persona? La Persona está en sí, los objetos están en Ella. En Presencia de Dios, Él es el Sí en sí. Es la Persona Pura. ¡Si Dios no fuera nadie, nadie sería nadie y nada! Y la Suprema Persona es Presencia Infinita (Omnipresencia). Por todo lo cual, entre las maravillas del mundo y la angustia de los corazones humanos, el Espíritu ha anudado ese lazo o vínculo que se llama Re-ligión (CLVI-CLVIII)²⁴ (*sic.*)

Esto no es malabarismo filosófico, con base en ardidés metafísicos o artilugios apologéticos. No es pura especulación racionalista. Son, por el contrario, puntos suprarracionales de *Evidencia* que apuntan hacia el Ser y la Verdad de las cosas sumas... Sabiendo que "a Dios se le alcanza en el extremo de los extremos", existe "un camino medio, único que conduce a Él"... (CLIX) Pero -puntualiza más Lanza-, "no es el sendero bajo, tortuoso y huidizo". Para lo cual hace una cortante y casi escandalizante advertencia para quien cree que se trata del camino mediocre del equilibrismo pseudoprudente: "El insensato que se pierde por haber preferido un extremo, se aparta menos de la Liberación que quien elude los extremos al escoger por conveniencia el sendero neutral. Porque nada es tan totalmente, tan encarnizada y ciegamente contrario a la sensatez, que el llamado 'buen sentido'." (CLX / *sic.*) Con profunda razón entonces, este capítulo XIV concierne a "*La Razón, la Locura y el Paso al Límite*".²⁵

Sin lugar a dudas, un gran obstáculo para pensar por nosotros mismos es el gregarismo masificante de la sociedad... "El hombre 'razonable' allí se queda, en su racionalismo. Sólo es filósofo el que tiene la solución de su propia locura (...) Por caminos que nadie había hollado arriesga tus pasos: arriesga tu cabeza en pensamientos nuevos" (CLXI-CLXIII). Para este arduo cometido, es preciso valorar la opinión de los demás, pero "no tener ninguna consideración por la opinión que los demás tengan de nosotros" (CLXIV). Urge, pues, romper todas las amarras, en búsqueda de la Sabiduría: "Si no entras en la Verdad desde ahora con todo tu cuerpo vivo, no hay para ti puerta en el Reino de los Cielos (...) Sólo la acción puede unir la Verdad a lo real. Por eso debemos procurar ser iguales a lo que sabemos: allí reside la dignidad del Filósofo" (CLXV-CLXIX / *sic.*) 'Imperativo categórico' ético (diríamos con Kant en nuestro mundo 'desen-kant-ado' que reclama un 'reen-kant-amiento') para la tan devaluada 'profesión' del filósofo moderno... (Hoy se afirma muy despectivamente, aunque no sin razones: "la Filosofía es la ciencia con la cual y sin la cual el mundo sigue tal cual"...)

²³ Ídem.

²⁴ Íd., pp. 52-53.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 54-56.

En estas alturas, que a los ojos de la llamada cordura humana parecen desvarío y locura - 'situación límite' en el lenguaje de Karl Jaspers-, se comprende lo que enfatiza este genuino Profeta:

El Conocimiento más alto es que la Verdad no puede ser conocida tangiblemente: la voluntad más alta es voluntad de abandono. / La gloria más alta, desdén por toda grandeza. / El deseo supremo, el de la exención de todo deseo. / El bien soberano, la Liberación de toda posesión y posición. Camino de Retorno y paso del hombre al Límite. (CLXXI / *sic.*)²⁶

La cabal expresión de este clímax filosófico es, al decir de Lanza: *LA EVIDENCIA*. Por consiguiente, un aspecto puntual dentro del trabajo filosófico lanciano es la superación "Del Orgullo y de la Repugnancia" (cap. XV)²⁷: "El humilde tiene la inteligencia de lo ilimitado; no admite más lecho que la tierra, ni más techo que las estrellas" (CLXXII). Piedra de toque de la vida interior, la *humildad* nos permite calibrar la autenticidad del camino seguido por Lanza; en efecto, él alerta sobre el peligro de un hipercriticismo que agudiza la separatividad y es indicio inequívoco de que el mal anida en quien adquiere el prurito de contradecir: "Todo es limpio para los limpios, y todo es contaminado para quienes tienen impura la mente y la Conciencia", escribió certeramente San Pablo (Tito 1, 15 / Cf. CLXXIII).

Ahora bien, después de un inserto muy conveniente -"Del Deber de amarse a sí mismo", que desglosaré más adelante con el tema totalizante del Amor, para depurar la posición profética y ascética, a modo de cauterio-, Lanza se detiene en "*Las Tres Servidumbres*": *Impedimento, Arrebato y Encadenamiento* (cap. XVII / *passim*). Por dar ellas lugar a la incertidumbre y a la pusilanimidad, apremia distinguirlas y extirparlas en el plano interior... "La excitación artificial de los deseos -oficio principal de la civilización-, aumenta tanto como las obligaciones y los impedimentos" (CLXXXI).

- El *Impedimento* -según el autor- es la violación del orden de las cosas. Está motivado por la búsqueda del placer hasta el hastío, el vicio, la pasión desenfrenada, el orgullo y la ambición. De ahí que el remedio eficaz contra él sea "reducir los deseos a las necesidades fundamentales, la ambición a la superación de sí mismo, y el orgullo a la consideración de la dignidad de la propia esencia" (CLXXXI-CLXXXII). Criterio que también afirmaba el brillante científico y filósofo Alexis Carrel, coterráneo de Lanza del Vasto (Cf. *La Conducta en la Vida y La Incógnita del Hombre / passim*). Tal sería el antídoto infalible contra nuestra moderna Babel bestial y deletérea.
- El *Arrebato* es un desbordamiento que "recae sobre sí mismo y en el vacío, por lo cual conduce a la nada". Su remedio para esta aberración es "la justicia interior que señala el comienzo de la reflexión". La sensatez nos conduce a no identificarnos con la multitud de 'yoes' que configuran nuestro personaje arrebatado (Cf. CLXXXVI).
- El *Encadenamiento* es la fusión de los dos males anteriores, agravado "por las cadenas y los engranajes del hábito" (hoy podemos hablar de los automatismos y las 'programaciones'). Su nefasto influjo estriba en impedir el acto libre y la iniciativa... 'Nos hace funcionar en lugar de vivir'. Y se presenta en tres niveles: Encadenamiento de las Causas, de los Fines y de las Razones:

"La Causa actúa en el pasado, impidiendo el retorno sobre sí mismo. El Fin permanece en el futuro como deseo, ambición o provecho, en escalada sin fin. Y las Razones constituyen 'la obligación y el deber presentes' (...) El haber es su causa, debido a la cual se adquieren los derechos personales a la soledad y la pobreza" (CLXXXVII-CLXXXVIII).

Así las cosas, me parece a mí que son interferencias significativas en la vida del filósofo:

²⁶ Ídem, p.56.

²⁷ *Ibíd.*, p. 57.

La forma mental del *Impedimento* es ceguera e ignorancia. La del *Arrebato* es la distracción o destrucción de la unidad interior y aun la imaginación, cuando nos apartan de las cosas y de nosotros mismos. Y la forma mental del *Encadenamiento* es la estúpida lógica de la rutina. Con el discurso de su 'genio técnico' es que produce los hundimientos periódicos que se llaman ruina y guerra. Y cada una de ellas participa, como puede, de la fabricación de la catástrofe, por interés, ya sea por deber o por amor a la popularidad (CLXXXIX)²⁸ (sic.)

En este contexto, yo capto el empalme entre los nefandos condicionamientos y determinismos creados por el hombre, y el siguiente capítulo que trataré (la crítica visión sociopolítica lanciana de la Historia Humana y sus *Cuatro Plagas* atávicas), en que Lanza plantea la nociva acción de nuestras servidumbres, traduciéndolas del plano individual al colectivo, en el devenir azaroso de la Civilización. Tópico importante al que han contribuido en no pequeña escala las ideologías y las filosofías todas a lo largo del trasegar humano.

A este anómalo estado de cosas -propiciado por el letargo de la costumbre y la tradición continuista de la sociedad, trezada de órdenes y caprichos al decir de F. Savater-, atribuye el pensador que se nos escabulla "el Momento Presente" y, por esta razón, vivamos tan ausentes, alienados e inconscientes. De lo cual concluye sin miramientos humanos: "Más allá de la Libertad y la servidumbre, está el servicio de Dios y la Liberación del alma. Más acá, la pereza y la inercia. Impedimento original, encadenamiento al revés y de la nada" (CXCI). Y dos lógicas consecuencias se desprenden:

La pereza feliz y asistida de suficiencia es el estado de vano Contentamiento. El hombre se apega a sus cadenas, toma sus límites por salvaguardias, se hace un nido de su pequeñez. No se toma siquiera el trabajo de hacer el mal, y por eso pasa por 'bueno' y hasta por 'sabio', no admirando lo que lo supera ni inquietándose por lo que vale la pena. / Y la pereza infortunada y complicada de espanto, es el estado de angustia, el apego desesperado de la persona al abismo de la nada, como un naufrago²⁹ (sic.)

Tremenda y cáustica radiografía realiza Lanza de nuestra cruda situación actual, en medio de un mundo desintegrador que nos bambolea inmisericordemente en nuestros cimientos interiores... hasta amenazar resquebrajarlos del todo.

Empero, la respuesta constructiva, la alternativa a esta crítica y caótica situación (cabén múltiples epítetos), la ofrece el siguiente capítulo (XVIII): "*De la Liberación y el Sacrificio*", en maravillosa secuencia. Efectivamente, todo está coherentemente articulado:

"La Liberación de la cabeza es la Sabiduría.
La Liberación del corazón es el Amor.
La Liberación de los sentidos es la Belleza.
Y la Liberación del acto es el Rito" (CXCIII).³⁰

He aquí la innovadora verdad, clarividente y positiva, del profeta Lanza: la Ciencia, la Ética, la Estética o el Arte y la Religión –cuatro vertientes que sintetizan la Suma Filosofía- alcanzan su punto crucial de convergencia, su acuerdo perfecto y armónico...

²⁸ *Ibíd.*, p. 65. El autor también desarrollará veinticinco años más tarde estos tres tópicos en "Umbral de la Vida Interior", al hablar de *la Libertad y del Arrebato o caída en el exterior*, recabando más y más en su radical sentido... *Op. Cit.*, pp. 124-131

²⁹ *Ibíd.*, p. 66.

³⁰ *Ibíd.*, p. 67.

El Rito es el acto de Presencia, la Representación y el Presente, que actualiza la Presencia de Dios entre los hombres. El Rito libera de las tres Servidumbres: del *Impedimento*, convirtiendo el deseo en plegaria y en don; del *Arrebato*, introduciendo cuerpo y alma en una Imagen más grande y más real; y del *Encadenamiento* de los automatismos, rescatando los gestos y los signos (CXCIV)³¹ (*sic.*)

De este modo intuido por Lanza, el ser humano todo se libera "de la cadena de los fines y los deberes, y se dispone al Don total. Lo libera de la pereza, del contentamiento falaz y de la angustia, rompiendo sus límites personales y transformando todos sus actos" (*sic.*) Esta metamorfosis o catarsis se opera en el hombre en virtud del Rito re-creador, porque "su razón de ser es el *Sacrificio*, la inmólación de la Persona en la propia Cruz..." (CXCV). Se trata del holocausto espiritual, sublimación consumada en todas las religiones y culturas... sobre todo en el cristianismo, en el Sacrificio supremo del Hijo del Hombre, y materia prima de la **Noviolencia**. Este enfoque se da de bruces con lo que algunos filósofos en boga promulgan como "la abolición de la Ética del Sacrificio"... Me reservo los nombres de los 'best-sellers'... En todo caso, este tema es precioso colofón al capítulo del "Retorno a la Evidencia", que plasma el autor trasmutando lo ascético en los planos mítico y místico.

El recurrente tópico lanciano de 'los pares de opuestos' vuelve en los capítulos XIX y XX: "*De las Miserias Risibles*" y "*Del Placer y del Dolor*".³² En efecto, la precariedad humana, su innata pequeñez, es necesario tenerla siempre presente... Cuestión que no omite el asceta, lejos de un estoicismo voluntarioso y 'supermánico'... Prueba de ello es su plegaria descarnada: "Cristo: ¡libérame siempre de la indiferencia y muéstrame la plenitud de las cosas!" (CXCIX) Su exhortación está muy distante de un dualismo maniqueísta, que no pocas veces ha sido en la historia humana un lastre cristiano consuetudinario:

Busca el bien solo, pero si viene el placer sin haberlo buscado, debe ser causa de alegría y gratitud (...). La brújula oscila entre los dos polos para indicar la ruta de la vida... Debemos buscar el punto fijo en que la balanza está suspendida y fijarnos en él. La impasibilidad es eso: sentir sin padecer. Llevar y sobrellevar nuestra dicha o nuestra desdicha sin dejarse llevar por ellas (CC-CCII).³³

Impresiona percibir la claridad meridiana de Lanza, quien apenas contaba 32 años de edad al empezar a escribir esta *Obra-Manual*, y ya ostentaba aquilatada madurez filosófica. De hecho, logró armonizar la radicalidad juvenil con el equilibrio, la ecuanimidad y la objetividad de quien no pretende una impavidez helénica ('apatheia' o 'ataraxia' frías), sino un sobreponerse a todo con magnanimidad o grandeza de alma, auto-trascendiéndose, sublimándose por el espíritu –lejos de toda represión neurótica-, sin abrigar temores puritanos o moralistas, escrupulosos y melindrosos, tan propios de la época preconiliar... En modo alguno, se trata de un noble propósito tamizado de desfachatez o descaro; antes bien: "La profundidad de la substancia del espíritu hasta el infinito es alegría (...). Pero, ¿qué, sino el dolor, despertará de entre los muertos a los sepultados por la carne?" (CCIII) Válido interrogante del asceta, quien afronta las tan discutidas dos realidades correlativas (placer / dolor), según los orientales soldadas inexorablemente por la Ley del Karma (causa-efecto): "Por eso los sabios, a fin de combatir el dolor, atacaron con justicia el placer y asentaron su pensamiento sobre el piso firme de un corazón ecuánime. Pero, para los hijos de la Luz se abrió el camino de la dicha" (CCIV / *sic.*).

A decir verdad, espinoso tema filosófico del que podría colegirse que, de un estado incoloro de no-deseo puede pasarse al de Bienaventuranza, merced a la transmutación mística del dolor en el Amor (gran don y clave que nos legó Jesucristo, cual Filósofo de filósofos)... Efectivamente, Lanza

³¹ Ídem.

³² Cf. *Ibíd.*, pp. 69-74.

³³ Ídem, 71-72.

trata de identificar este estado superior: "La Dicha (Paz) tiene la naturaleza del placer y la profundidad del dolor. Es lo contrario del dolor y también lo opuesto del placer. Porque la búsqueda de lo Ilimitado no puede chocar contra ningún muro limitante. La Dicha es camino sin retorno" (CCV / sic.)

Filosofía lanciana: ¡Vislumbre, pregustación, anticipo de la felicidad plena, incoada ya en esta vida cotidiana, es el precioso hallazgo después de seguir tan abrupto sendero! Sin embargo, el autor se replantea su posición ante un serio interrogante filosófico: el porqué de la disciplina y el adiestramiento ascético, si -como afirman muchos 'bienpensantes'- "bastan las penas y dificultades cotidianas"... Encuentra la respuesta en una genial parábola de inspiración bíblica: la del general 'benévolo' que se despreocupó de adiestrar a sus soldados, y les dio vida muelle y relajada... Llegó la agresión del adversario y los sorprendió en su molición; fue tal la confusión, que en la desbandada terminaron matándose entre ellos... "No rías de ese hombre desdichado: ¡eres tú mismo!" (CCVI, *autoparresía*) ¡Lección evidente de la prudencia, la vigilancia y la suspicacia requeridas para construir sobre roca firme, inamovible, la Casa Interior, incluso el edificio de *la Filosofía en tanto Sabiduría de Vida o Arte de Vivir!*

Otros 'pares de opuestos' atraen la atención de Lanza del Vasto, en esta interminable dialéctica de la vida humana, que él intenta resolver en armonía mediante la *SABIDURÍA CONCILIADORA*, clave creadora de su Filosofía: "*De la Verdad y la Mentira, de la Evidencia y el Misterio*" (capítulo XXII). Me atrevo a obviar el cap. XXI atinente a la Belleza, que fusionaré al final con el Amor, desde mi enfoque personal de esta Filosofía inusitada... Es la invitación lanciana a aplicar el mismo método, pero en el plano superior, no ya sensorial y mental (como se hizo antes). Yo veo aquí una similitud al sistema aplicado por nuestro filósofo colombiano Fernando González Ochoa (al describir sus Viajes Pasional, Mental y Espiritual)³⁴:

La *Evidencia* es lo que no puedes aprehender sino por ti mismo. Está dada a todos desde el principio. Pero el reencuentro con ella implica generalmente un gran recorrido, debido a nuestro estado de adultez... Consiste en axiomas, rudimentos, principios que se convierten en el pan cotidiano del Pensamiento. Cosas conocidas de todos desde el comienzo de los tiempos. ¡Re-invéntalas con tus alas! (CCXXX)³⁵ (sic.)

A todas luces, la lección lanciana es de incalculable *valor práctico y espiritual*: "El Uno, el Único, el Simple es el Nombre, el Número, la Forma de la Evidencia. El intelecto no llega a la Evidencia sino por un acto de Amor. / El Verbo, el número, el nudo, el huevo, el germen, tal es la puerta estrecha de la Evidencia. / Vuélvete lo bastante pequeño, pobre, puro, lo bastante sutil para entrar y acceder a Ella" (CCXXXI-CCXXXII / sic.). Yo trato de interpretar este proceso (se trata de una **Filosofía Procesual o Procedimental**) como el paso que da el poeta de la razón al corazón, en orden a recobrar el estado de infancia (intuitiva Evidencia que incluso llegó a barruntar el controvertido Henry Miller como 'sabiduría del corazón', más allá de su truculenta y escabrosa vivencia...) ¡Se trata -a mi modo de ver- de volverse niño para entrar en esta *Escuela Experiencial de Vida*, con levedad, ingravidez, sin lastre de malicia y dualidad!

He aquí, por consiguiente, la médula y el meollo del asunto: "La Evidencia es lo contrario de la apariencia (*lo meramente fenoménico, glosa mía*). No se muestra sino al Ojo Interior. Es la apariencia de lo Invisible" (CCXXXIII). La acotación en bastardilla es mía... Arribamos así a la

³⁴ Cfr. S. Borda-Malo Echeverri. "Fernando González: el Viajero de Otraparte". Ensayo-homenaje con motivo del Centenario del pensador colombiano. Bogotá, 1995, 60 p. (presentado a Mincultura). Curiosamente, Lanza y este filósofo antioqueño, estuvieron a punto de conocerse personalmente en Medellín (1964), pero el último falleció cuatro meses antes... Pienso yo cómo habrían vibrado al unísono estos dos peregrinos de lo Absoluto...

³⁵ *Principios y Preceptos del Retorno a la Evidencia*, Op. Cit., p. 83.

transparencia del *Misterio*, tema colindante, a la quintaesencia de las cosas, rompiendo el caparazón exteriorista de la ciencia humana, meta del conocimiento cientificista moderno. Adviene entonces la cabal definición lanciana: "*Dios es la Evidencia de las evidencias; por eso ninguna razón lo demuestra, ni ninguna apariencia lo traiciona*" (CCXXXIV).

Recordamos entonces aquella "Cifra de las Cosas", 'El-que-es', la Relación Absoluta de *La Trinidad Espiritual*, el Substrato no relativo... Todos los conceptos abstractos, abstrusos, racionalistas que están en la base de la Filosofía, sufren un tremendo remezón, un brusco vuelco y revuelco: "Pensar es mucho más que saber en cuanto entender: Saber es recibir; pensar es aceptar. Y creer no es algo menos sino algo más que saber. Porque quien cree agrega el peso de todo su ser a lo que piensa" (CCXXXV / *sic.*) ¡Yo columbro esto como la adhesión vital a la suma *Verdad del Ser*, que es *la Suprema Evidencia!* 'Verdad interior' que nos devela y revela el discernimiento...

La Verdad es el honor del espíritu,
la razón de ser del hombre,
la razón del Ser.
¡Bendito sea quien avergüenza a los 'prudentes de este mundo',
porque en sus ojos brilla la *Evidencia* de su alma! (CCXXXVI)³⁶ (*sic.*)

Ésta es una de las metas grandes a alcanzar: la autenticidad del hombre verdaderamente libre en su espíritu, que detecta lo que *ES* en todo, sin máscaras ni ropajes postizos:

Miseria del oro ganado al precio de la mentira.
Trampa de la paz comprada al precio de la mentira.
Molestia de la gloria obtenida al precio de la mentira.
Deuda del amor contraída al precio de la mentira, deuda impagable.
Desecho de la vida salvada al precio de la mentira (CCXXXVII)³⁷ (*sic.*)

El hombre liberado por la Verdad pone en el mundo la sal incorruptible de la Evidencia, y realiza el diagnóstico irrefutable del mundo farandulesco:

Uno miente con audacia por un fin determinado que cree sinceramente bueno, o que claramente conoce por malo. Y otro maneja la verdad con destreza. ¡No se sabe cuál es peor mentiroso! (...) Otro dice cosas 'verdaderas', pero para engañar y ocultar (*maquillar, glosa mía*) su pensamiento. Y otro confiesa con total sinceridad sólo las faltas de los demás (...) La máscara de la vulgaridad encubre tanta desnudez y mentira... Con omitir algo ya se ha mentido (CCXXXVIII-CCXL)³⁸ (*sic.*)

A todas luces, es de tal magnitud la desvergüenza y la perfidia en que estamos inmersos hoy. ¡Tramoya en la que reina el dolo, campea la astucia, la ambivalencia y la diplomacia maquiavélica que se mimetizan según su afán oportunista y camaleónico! Yo pienso que aquí se justiprecia el papel y la misión, el rol del *Filósofo como Conciencia de la Humanidad*, misión cuya omisión hoy ha contribuido a la creciente degradación de la sociedad... Es que se llega al colmo de "mentir al punto extremo de hacernos creer a nosotros mismos que no hemos mentido. Mentira de cortesía: es como la mujer que se maquilla sin haberse siquiera bañado (...) El Diablo tiene dos cuernos: *el orgullo y la mentira*. Los dos grandes males que desgarran el mundo y cavan su infierno. ¡Estiércol dorado de todas las decadencias!" (CCXLII-CCXLIV)³⁹ (*sic.*)

³⁶ *Ibíd.*, p. 84.

³⁷ *Ibíd.*, pp. 84-85.

³⁸ *Ídem*, p. 85.

³⁹ *Ibíd.*, p. 86.

Desde luego, lo más grave de esta situación generalizada ya casi insalvable de nuestra civilización putrefacta, es que se inició cual cáncer corrosivo en el corazón humano, mal original: "Es cierto que gracias a las pequeñas mentiras ('piadosas') se evitan a veces peores preocupaciones y males, y que si no mintiéramos un poco la vida se tornaría difícil, invivible. Pero, es incomparablemente más cierto que si no mintiéramos del todo, ¡el pecado se haría imposible y todas las desgracias del mundo se secarían al sol!" (CCXLV / *sic.*)

Yo pienso que esta *Filosofía auténtica de acento profético* está vacante hoy: las concesiones, las contemporizaciones, y finalmente las claudicaciones de los 'buenos', se explican por la complicidad y la infidelidad en lo pequeño cotidiano; por olvidar que "no hay más que Una Verdad"... De ahí que Lanza proponga el paso de "la ciencia de lo múltiple" a la "*Conciencia del Uno*", mediante la unificación que obra el Conocimiento; ello ayudaría a inmunizarnos contra la Mentira y a recuperar "el Jardín cerrado del Misterio" (CCXLVII-CCXLIX). Continuando en este arduo procedimiento filosófico, sin escatimar esfuerzos ni escamotear ninguna de las etapas, arribamos a lo Real y Absoluto:

Aceptar el Misterio es vencer la ignorancia, conocer el Conocimiento y su límite exacto (...) No hay Misterio sin Amor. Éste es el que entra en la morada, mientras el conocimiento se queda en el umbral; porque el Misterio es la Evidencia de lo desconocido (...) Artes, ciencias, ¡oh glorias!, destellos y reflejos apenas de Verdad, sombras de perfección sobre los muros exteriores del espíritu. Sólo el **Amor** habita la substancia y la trabaja y transfigura (CCL-CCLII)⁴⁰ (*sic.*)

De esta manera pedagógica y sabia, el Asceta nos ha guiado gradualmente, en proyección ascendente, hacia las *dos grandes Evidencias o certezas culminantes: LA BELLEZA Y EL AMOR* (capítulos XXI, XVI y XXIII). A mi modo de ver es el feliz remate de toda esta Obra del Retorno a la Evidencia, conclusión sin la cual todo el andamiaje se estancaría -como tantas obras filosóficas ladrillescas- en la ciénaga del esfuerzo y aspaviento humanos, por sincero y loable que fuese. Sería descrestadora pirotecnia... Con estas dos alas -Belleza y Amor- remontamos el vuelo, trascendiendo la misma Filosofía -como el autor- y abriendo el corazón a los vientos del Espíritu... ¡El alma lanciana se ha henchido a toda vela, contra viento y marea! ¿Por qué no dar entonces plena cabida a *Filosofía y Poesía* aunadas -al estilo nietzscheano- en pleamar de cadencias? Me atrevo a versificar esta mágica y eufónica prosa poética del autor...

Canta... Lloro cantando el duelo de todas las cosas:
el rojo de las rosas que esta noche serán pardas.
La ventana que se abre a la esperanza de la mañana,
y a la dulzura de las noches junto al fuego y bajo la lámpara...
La llama de las estaciones,
el verdor de los jardines
y la brisa marina en la gran Partida...
(CCVII)⁴¹ (*sic.*)

Nuevamente irrumpe y rompe esquemas el poeta, que eclipsa momentáneamente la frialdad del pensador, o mejor, lo plenifica sin planificarlo; nos arroba esta invitación elemental de sabor bíblico: "Conmovido por mi canto, mi cuerpo celeste se ha sobresaltado con el presentimiento de su *Despertar*" (*sic.*) El Cantor se desintelectualiza para extasiarse ante el Misterio de la Creación y su Belleza arrobadora de arrebos: "Tú lo miras todo: el asombro y la piedad sean, pues, tu miel (...) ¡Al ver el mundo natural maravilloso, y al contemplar la Luz, no tendrás la ingratitud y la torpeza de creerte grande!" (CCXIII-CCXIV)

⁴⁰ *Ibíd.* p. 87.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 75.

El gran Esteta que siempre fue Lanza evidencia aquí las raíces de su inspiración artística exuberante: "Espera, escucha, aprende lo que es actuar como no actuando. Sabe velar sobre tu propio sueño. El *Arte* es una voluntad deliberada de no querer" (CCXV / *sic.* / *passim*). Son palabras extrañas a nuestros oídos occidentales -tan periféricos y epidérmicos-, acaso por su estrecha relación con el pensamiento de Lao-Tsé (con su respetable bagaje del Yin-Yang chino), pero evidentes para enaltecer la importancia del sobrecogimiento en el Arte y el desinterés del genuino artista... ¡La reverencia estremecida ante la Belleza! La *admiración* como materia prima de la auténtica Filosofía, según Juan Pablo II en *Fides et Ratio* y Jostein Gaarder en *El Mundo de Sofía*.⁴² Es que para Lanza la *inspiración* es una suerte de inhabitación de la 'Otra Parte', cuando se es visitado y "los miembros de *Aquél* ganan nuestras manos, y nuestra forma se imprime como un sello real en lo que brota de nuestras manos" (CCXVI): el fruto del ser unificado en pensamiento, palabra, espíritu, cuerpo y acción... Me atrevo a parafrasear al poeta...

La Persona reencuentra su mitad de sombra y despierta entera a la Fiesta.
El hombre y la mujer se funden en el Ser,
y el niño en la cuna del corazón;
la llama del sol, las mareas de la luna,
el animal que retoza,
el árbol inmóvil donde la vela del viento viaja,
el agua, el fuego, la tierra yacente y grávida,
el cielo lúcido...
¡Sí, el hombre y la mujer y el ángel!
(CCXVII)⁴³ (*sic.*)

Y en este contexto artístico, aparece un detalle muy hermoso digno de mención por esencial: "La Belleza no expresa sólo el espíritu, sino el vínculo entre el espíritu y el cuerpo. Expresa la persona entera, el misterio de su encarnación, su gloria feliz y el temblor de su fragilidad" (CCXVIII). Como alguien dijo muy atinadamente: 'Encarna el espíritu y espiritualiza la carne'. En este recodo filosófico, volvemos a rumiar la clave decisiva del Arte de Lanza del Vasto (estudiada ya al hablar de su Obra Literaria): "El alma no es lo que se expresa en la forma de la obra, sino el Cuerpo Glorioso cuajado de la carne de los astros, del que está escrito que deberá resucitar en el Último Día. La Obra Perfecta de Arte lleva en sí misma su efigie" (CCXX / *passim*). Esta premisa provoca una especie de catarsis, esto es: "la purificación de todo placer exclusivista de la forma. Porque el Arte es la más pura realización del Amor de sí. Traidor de sí mismo, mentiroso para con los demás es quien trata de complacerlos mediante su arte" (CCXXII-CCXXIII / *sic.*)

¡Rotundas aseveraciones contra tantos inauténticos artistas que mercantilizan y casi prostituyen su obra en la subasta vergonzante, en la feria que remata la belleza, es decir, la anti-belleza, como sucede hoy! Muy por el contrario, el artista auténtico nos descubre el talante del genuino Arte, como "lo-que-se-da-de-por-sí", universal, en todas las culturas, porque

brotó de sí mismo y de las cosas (...) Una Obra Bella se sirve del artista para nacer y lo mira, permite tantear la estructura esencial de las cosas. En ella germinan las simientes de la Forma... con sus juguetes, fantasmas, jeroglíficos y enigmas, todos ellos llaves pequeñas para abrir las bóvedas del espíritu: la Verdad del sueño y el abismo de la infancia (CCXIV-CCXXV / *sic.*)

⁴² Cf. Jostein Gaarder. *El Mundo de Sofía*. Bogotá : Norma-Siruela, 1996, capítulo 2.

⁴³ *Principios y Preceptos*, Op. Cit., p. 79.

Hasta este origen fontal, prístino, en últimas paradisiaco, nos transporta Lanza al hablar de la Belleza. Sólo un artista de su talla, que se ha sincerado y cincelado a sí mismo con tanta drasticidad, puede pronunciarse con toda propiedad al respecto, y concluir el tema magistralmente:

El Arte no es difícil. Es imposible, o bien, divinamente fácil, ya que la Belleza es lo-que-se-da-de-por-sí; en ella, fondo, forma, principio, medios y fin se dan uno en otro, indisolublemente. Y el talento es sólo mediación y pasaje: una vía o un muro, según que pasemos por él o que nos complazcamos vanamente en él (...) El que posee el huevo de la Evidencia sólo debe abrir la mano para mostrarlo. ¡Pero el talento urde mil tretas, mil artificios para mostrarse y ocultar el hecho de que no tiene nada que mostrar! (CCXXVI-CCXXVII)⁴⁴ (sic.)

Desde luego, a implacable crisol sometió este asceta su Arte, despojándolo del asalto incesante del ego; lo cuidó con pulcritud y lo preservó de muchas zancadillas. Porque apuntó hacia la armonía plena de la Transparencia, sin afeites ni elementos intrusos y ficticios... Sólo buscó en verdad dar gloria gratuita a la Suprema Belleza, superando todo escollo, e identificándose con lo que ella substancialmente es: "el esplendor de la Verdad" ('Veritatis Splendor', como la ha llamado recientemente Juan Pablo II / sic. / passim).

Finalmente, el tema más extenso -y terminal a modo de broche de oro- de "Principios y Preceptos de Retorno a la Evidencia", es el *AMOR. Suprema Evidencia*. ¡Buena muestra y aval de la grandeza del libro! Se trata de 75 pensamientos dedicados a esta meta definitiva de la vida del Hombre. Lo primero -insiste hasta la saciedad el autor, a modo de preludio de esta sinfonía- es "*el deber de amarse a sí mismo*" (capítulo XVI), exigencia tanto más importante cuanto que brilla hoy por su ausencia...

Ámate a ti mismo. ¿Cómo habría de amar a los otros como a sí mismo, quien no se quiere a sí mismo? Pero ámate desde muy lejos. Ama a los demás como a ti mismo, cuando te ames como un objeto perteneciente a otros y precioso (...) No trates de ser un 'gran hombre'. Trata de ser simplemente Hombre, porque sólo eso existe ante el rostro del Eterno... Conoce el lugar y los límites de tu persona, mirándola desde lejos para que no los traspase nunca. Despréndete de ella y sobrepásate. El 'Yo' real, verdadero, es sin límites. Es vasto y uno; está en todo. Es el interior de todo. ¡Es todo! Y no se lo conoce desde fuera. Sólo se lo conoce por dentro. Y conocer por dentro es Amar. Ámate, pues, a ti mismo, es decir, conjuga el 'Tú' con el 'Mismo' (CLXXIV y CLXXVI)⁴⁵ (sic.)

He aquí una Evidencia de 'perogrullo' que olvidamos todos, especialmente los cristianos, como algo previo, imprescindible e inaplazable, del exigente Mandato del Amor. En efecto, la identificación con el 'personaje' que representamos en la sociedad -tema también recurrente en la ascética lancianes de los engaños capitales y catastróficos de nuestro mundo convencional, verdadera carcoma que falsea nuestro ser y su comportamiento... ¡Cuánto falta esta sabiduría en nuestros círculos filosóficos falsificados por ridículas poses diletantes de 'pensadores'!... Es preciso y precioso redescubrir primero el sentido de *Mismidad*, en orden a hallar y asumir la Otredad, la *Alteridad* en que hoy tanto se insiste, so pena de sucumbir a un insano gregarismo... Los occidentales pretendemos con frecuencia dar el salto y el asalto a lo más alto, obviando los peldaños preliminares, elementales. ¡Vana ilusión que nos condena a patinar en el mismo lugar sin alcanzar nunca el fin! De hecho, él afirma directo: "Soy un imbécil si me adorno con oropeles para lucirme ante la multitud. Ignoro mi realza real de derecho y la cruel irrisión del disfraz en que me complazco!" (CLXXVII) ¡Severa censura que nos des-engaña de la *comedia humana* (como la llamó Balzac), falacia ahíta de parapetos asfixiantes, de cáscaras y

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 80-82.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 58-59.

máscaras! Con reflexión rotunda nos interpela Lanza para inducirnos al Amor, des-cartando incluso a Descartes:

No repitas: Pienso, luego soy. Pregúntate más bien: ¿Soy yo mismo? Esto es, Uno. Porque 'Mismo' quiere decir 'que-se-sostiene-en-medio-y-permanece-sin-alteración'. / ¿Soy el mismo? ¿Soy acaso uno? ¿Soy? ¿Quién? ¿Qué es ser? / Piensas, dices y eres. Y bien, piénsate si puedes. O bien, cállate, necio, hasta que puedas hacerlo (...) En el lugar de tu persona muéstrate semejante al Rey celoso que quiere que su ministro lo represente convenientemente; ¡pero cuando prestan demasiada atención a su representante, recela con razón, lo priva de su cargo y lo arroja al calabozo! (CLXXVIII-CLXXIX)⁴⁶ (*sic. / passim*).

Diáfano apólogo que ilustra la evidencia; lección imperecedera del desasimiento o des-identificación del Ego, y brusco y apremiante llamado a nuestra Conciencia adormilada, para que vuelva a Ser. Quizás es un trastocamiento que nos conduce a la conclusión monolítica del ya citado filósofo colombiano, Fernando González: "¡No pienso, luego soy!" Porque, en la realidad, nunca somos el 'yo' pensante (personaje), sino el Yo trascendental; el ser y no el aparecer... Yo descubro entonces, en este punto candente, el substrato, el meollo, la quintaesencia del verdadero Amor y, por ende, del *constructo lanciano*: ¡SABIDURÍA DEL AMOR que potencia y plenifica el AMOR A LA SABIDURÍA! ¡Este Lanza, lanza en ristre, es irresistible; para muchos insufrible en su agudeza!

Por lo demás, ya entronizados en el estelar capítulo XXIII ("DEL AMOR"), nos deslumbramos ante claridad tan meridiana: "El Amor es una Relación Substancial (...) El Amor es la Evidencia de la Vida" (CCLIII y CCLVI). El autor desarrolla sus atributos o prerrogativas:

Todo amor que no es creador es ilusorio, pues el verdadero Amor se caracteriza por la igualdad en la justicia. El que cree amar más que sí mismo, no siente Amor sino pasión y vulgar apego (...) Es el Amor una Fuerza, una Sabiduría y una Luz, pero lindante con la debilidad, la locura y la oscuridad (...) Es la corriente que atraviesa la Substancia; es la Fuente de agua viva... El Amor que sube se llama 'Eros' y el que desciende se denomina 'Ágape' o Caridad (...) ¡El Amor es la columna vertebral que sostiene el mundo! (CCLX-CCLXIV / *sic.*)

Es clarividente, pues, el deslinde y desglose de *Pathos*, *Eros* y *Ágape*, hoy por desgracia tan confundidos en nuestra sociedad hedonista y permisiva a ultranza. Lanza se transa (cacofonía intencional) por aquel Amor que conduce al sacrificio del héroe y al éxtasis del santo, aquella *Caridad* que "se aproxima a las puertas del Despertar" (CCLXIX y CCLXXIII). Efectivamente, ella quiere decir 'Gracia', de la misma raíz griega ('jaris') de Eucaristía... "Sabe que todo sufrimiento te atañe, ¡oh mortal!" (CCLXXVI) Incluso tiene implicaciones ecológicas en cuanto el respeto a toda forma de vida... Nos hermana y permite fraternizar con todo lo creado en actitud de **Noviolencia** (en sánscrito "*ahimsâ*" = no hacer daño a nada ni a nadie / cf. CCLXXVIII y ss.)... Se presenta entonces una disyuntiva que es, al mismo tiempo, un aserto paradójico: "¡El Amor es la pasión que arde y lo destruye todo, o es la acción que crea y lo salva todo!" (CCLXXXII) No hay lugar a la ambivalencia o la ambigüedad... Lanza discierne los enemigos del Amor: *Apego*, *Lujuria* y *Pasión*, 'trinidad del amor estancado', que conduce a la extensa gama de la aberración, la degradación y la depravación (CCLXXXV y ss.), que no es del caso pormenorizar... Fluctúan aquí los planteamientos freudianos con su neurosis atribuida a la represión sexual, y los de C. G. Jung que la atribuye más bien a la represión de índole espiritual. Víktor E. Frankl -ya mencionado- cabe en este contexto con su sabia *Logoterapia* que va al meollo del problema: el sentido e incluso el *suprasentido* de vivir, que permite *planificar y plenificar* el Amor.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 60.

Así vistas las cosas, la claridad que arroja el asceta desde su óptica oriental distante y distinta -certera disección psicológica-, es el *Des-apego* (CCXCIII), el desasimiento, hallazgo inherente a toda relación humana, en el cual estriba la libertad, la sabiduría, la madurez... la sensatez y, en últimas, la lucidez. De ahí que todas las desviaciones y distorsiones de una sociedad (¿'suciedad' o acaso 'zooicidad'?) enferma de amor, queden evidenciadas: el masoquismo, el sadismo y todas las marañas pasionales que constituyen una parodia o caricatura del amor (¡ay el sadomasoquismo y el Marqués de Sade, tan vivo hoy!)... Aquel des-amor tan explotado en forma sensacionalista -con toque pornográfico, obsceno, morboso y mercantilizado- por los medios de (in)comunicación, para completar su degeneración ya de suyo comercializada. Pareciera que el amor hoy es el desecho, el detritus de la civilización, el rezago de un Sistema decadente y desahogo desafortunado de un hombre esclavizado por una mediocridad irredenta, cuya banalidad grotesca lo desenfrena en el libertinaje, ¡oh pseudolibertad!

En este crudo contexto, Lanza reivindica y postula la hidalguía espiritual, aquella nobleza o dignidad, aristocracia interior y distinción del corazón, delicadeza en la sencillez, muy diferente de una élite social y sus convencionalismos clasistas... Preconiza una minoría selecta -no puritana- sin compromisos ni cumplidos con la casta poderosa, asequible y accesible -sin lugar a discriminaciones-, desde su marginalidad insobornable... Reducto o remanente ('resto' lo llama la Escritura) que deserta de la tramoya social ávida de arribismo, al cual sólo tienen acceso los que renuncian a los estamentos o 'estratos' del mundo, y se ponen en camino de *Con-versión*. Es, en efecto, la coyuntura en que surge una máxima, en mi opinión una *Regla de oro* de las Relaciones Humanas, en el marco de esta *FILOSOFÍA RELACIONAL DE LA CONCILIACIÓN*: "La inteligencia exige las distancias (...) Si tú quieres amar de verdad, tiende hacia lo que hay de más lejano, hacia Dios, para poder llegar luego a lo que hay de más próximo: ¡tu prójimo!" (CCCVI) La 'guarda del corazón' y los sentidos, las 'cauteladas' de los santos (v. gr.: San Juan de la Cruz) y sabios de todas las auténticas tradiciones (no traiciones), no constituyen en modo alguno represión o inhibición -según afirman hoy las nuevas corrientes psicologistas y tantos 'ismos'-; ¡mejor un sismo que nos despierta del largo letargo del pseudoamor!

A todas luces, es el Espíritu -sólo Él- quien puede potenciarnos para que, esta meta suprema que parece utópica ('sin lugar' en nuestro mundo) en una perspectiva puramente altruista o filantrópica, en Él sea posible: paradójicamente ser limitados y aspirar a un Amor ilimitado... (Cf. CCCVII) ¡Vivir a ras de Cielo y de suelo! Su ímpetu sobrenatural posibilita la apertura a un camino insólito, insospechado. Empero, conviene -para intentar siquiera el seguimiento de esta abrupta ruta-, ir en contravía de un mundo sexualista (¡ay, la sexología convertida hoy en mera genitalidad tecnificada!) que manosea el amor, amalgamándolo con lo lúbrico, lo lascivo y voluptuoso... Por demás, tan veleidoso y errátil... La enseñanza lanciana se torna, pues, respuesta categórica que no teme parecer dogmática para los miopes endiosadores del fango:

Sabe que no sabes amar, y por lo menos sé púdico. Porque ¿cómo amarías a alguien si no sabes amarte primero a ti mismo? ¿Y cómo te amarías a ti mismo, si nunca te has encontrado, ni visto, ni oído, si no sabes dirigir tu mirada sobre ti y sobre la desnudez de tu esencia tan sólo durante unos instantes? No sabes amar, porque para dar es preciso antes tener. Por ventura, ¿qué tienes para dar, sino tu desorden y tu nada? Sólo sabes huir de ti mismo por el atajo de los demás, según tu pendiente de gestos encadenados y mecánicos... ¡Deja esas tonterías de los besos babosos! Urge entonces que aprendas a querer no como desbordamiento incontenible del corazón, sino para responder al mandato divino universal de transparentar el auténtico Amor. Aprende, pues, la Caridad viril que posee palabras sinceras para quienes te aman, palabras serenas para quienes te combaten; cálidas para quienes flaquean; dulces para quienes sufren; claras para los ciegos; ¡incluso demoleadoras para los orgullosos; despertadoras para los que duermen! El amor que sólo pide y que llora chantajeante, debes matarlo; el amor que ata, esclaviza y coacciona, ¡debes extirparlo! Aprende, más bien, el Amor que nada espera del mundo y que irradia por su propia

virtud; el Amor que insufla fuerza a la persona amada y la conduce a la *Liberación*. Corta, por tanto, de raíz ese corazón retorcido de rebelión, de diversión y distracción, de cólera, de repugnancia, de celos y recelos, embrollado en su viejo cepo, ¡y pon el injerto de un corazón nuevo en tu herida! Pon tu savia a verdear y, cuando el árbol ha reverdecido, se da íntegro en su Fruto maduro. (CCCVIII)⁴⁷ (sic.)

Es difícil escribir con más claridad sobre un tópico tan importante y medular como el Amor, y por desgracia tan desdibujado. Y hacerlo de modo lancinante -así es el estilo lanciano- como dijera Nietzsche: "¡Escribe con sangre, y sabrás que la sangre es espíritu!" Esta Obra filosófica de Lanza (*RETORNO A LA EVIDENCIA*) culmina magistralmente con la formulación clara, nítida, cristalina, diamantina -diría yo- del Mandato Universal del Amor, *Suma Evidencia* reconocida por toda Conciencia humana:

No hay dos mandatos, sino uno solo, y tres mandamientos en uno solo: *Amarás a tu Dios* en espíritu y en verdad. *Amarás a tu prójimo*. *Amarás a ti mismo...* Y esos tres amores serán uno. El amor a Dios sin amor al prójimo, es idolátrico también, amor imaginario, mentira inmensa que decimos a solas para engañarnos. Porque, ¿qué prueba hay de la existencia de Dios y de su Amor, sino el Amor que se tienen entre sí los hombres que aman al mismo Dios?

Por otra parte, *si quieres a tu prójimo sin amar a Dios*, es quizás el instinto del rebaño, el miedo de estar a solas contigo, el espíritu gregario o el odio colectivo contra algún otro rebaño (...)

Si te quieres a ti mismo sin querer a Dios ni a tu prójimo, es lo contrario del Amor y el umbral del infernal egocentrismo, ¿la egolatría? Pero aún cabe otra posibilidad: *si quieres a Dios o a tu prójimo, y no te quieres a ti mismo*, tu amor no es un don, pues no se puede donar lo que no se quiere; es lo antagónico de un presente: ¡un olvido! Y lo diametralmente contrario de un sacrificio: ¡un suicidio! No es la unión, la comunión, sino la huida y la evasión. Es la pérdida y no el Amor (*la des-personalización, glosa mía*)... Así pues, *ama a Dios por el Amor de tu prójimo y de ti mismo. Ama a tu prójimo por el Amor de Dios y de ti mismo. Y ámate a ti mismo, por el Amor de tu prójimo y por el Amor de Dios*. ¡No opongas los opuestos, concílioslos, únelos y lléalos a la consumación en el Amor! Crea en ti *la Trinidad Suma del Amor* (CCCIX)⁴⁸ (sic.)

He aquí la definición cabal del Amor que resiste todas las objeciones, la redefinición o recomposición que, ha mucho tiempo, deberíamos haber descubierto los hombres, y deducido e implementado los cristianos para evitar Cruzadas e Inquisiciones ciegas y aciagas... ¡mediante una *Filosofía praxeológica de la Vida*, centrada más en evidencias que en elucubraciones pueriles, fáciles y falaces! Pero, es que este punto de llegada sólo se logra si primero unificamos nuestro *ser trino: espíritu, alma (mente) y cuerpo*. ¡Otra evidencia, por desgracia también hoy olvidada! Para lo cual es preciso, primero, "odiar a los enemigos de dentro que queremos como a nosotros mismos y tomamos por nosotros, ¡y amar a los enemigos de fuera que nos permiten crecer!" (CCCX)

No nos resta entonces más que elevar nuestra ardiente plegaria con el autor: "Ah, Señor, ¡da a los 'buenos' más virtudes de los 'malos'!" (CCCXI) El espíritu genuino de justicia es "¡odiar los defectos de los semejantes por los mismos motivos que deploramos sus desgracias!" (CCCXVI, *yo me atrevo así a convertir en afirmación la interrogación de Lanza*). Sólo de este modo, nuestra tarea deja de ser tara, y de filosofía sosa se convierte en **praxeología**:

¡Devolver el mal por el mal no es reparar el mal, sino redoblarlo! (...) Vuelve tu violencia contra ti mismo y muéstrales a los demás esa victoria sobre ti, para *con-vencerlos, no vencerlos* (...) Ama a los hombres como el mar que refleja el cielo, y no esperes de ellos nada más. O, ámalos

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 103-104.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 104-105.

como los astros que giran en torno de su propio eje y al mismo tiempo se atraen, cada uno en su ardiente castidad, irradiando y comunicando su presencia. ¡Aprende de las estrellas cómo debe amarse! *¿Por mor del amor! (glosa mía)* El Amor Absoluto es el Amor de que se muere... Dios viviente: concédeme la gracia de rendirme a tu ser: ¡Amor!" (CCCXVI-CCCXXIV)⁴⁹ (sic.)

Conclusión final en este libro, o áureo colofón de Lanza del Vasto:

Relee cada día una página del **Evangelio**. Verás que nada nuevo puede decirse sobre la **Evidencia**. Que cada día la misma Palabra te conmueva con su sentido y sonido y contenido original (original es 'lo-que-tiene-el-gusto-de-la-Fuente'). Lo demás nunca es original, aun dicho por primera vez...

Una vez más, Señor, repite una vez más **el Amor, y la Verdad, que es lo único querido y deseable**. ('Encore, Seigneur Jésus, reis encore l'amour, la Vérité qui seule nous est chère'). ¡Repite, porque tememos siempre no haber oído bien!

Testamento escrito con la sangre. Sellado con el sello de la Cruz.

Los libros escritos así, llévatelos todos en tus caminos, amigo peregrino.

¡No pesarán demasiado en tu alforja alígera! (CCCXXV)

*(Escrito entre Roma y Bari, por los caminos,
retomado y terminado entre jungla y glaciar,
en el Himalaya, en esta Noche de Navidad de 1937).*⁵⁰

Quede y queda el eco traspasante de estas sentencias lancianas sapienciales en el corazón... He aprendido a conjugar en este libro el verbo *evidenciar*, al comprender y constatar que, sin el retorno a Dios, a nosotros mismos, a los hermanos y a la Madre Naturaleza, no tendremos el cambio profundo y necesario que urgimos para salir de la ignorancia 'bienpensante', en orden a liberarnos de la cordura servil y pseudofilosófica en que hoy vivimos, ¡tan malpensantes!

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 106-108.

⁵⁰ *Ídem*, p. 108.